

Un hecho interesante da idea de su población: á los funerales del célebre médico *Aben Obal* asistieron 800.000 hombres y 60.000 mujeres; el lujo correspondía á tan inmensa población, porque el comercio llevaba á ella todas las riquezas del imperio de los califas. Bagdad era al mismo tiempo un centro de civilización; y cuando los Mongoles la destruyeron (1258), fué presa de las llamas una magnífica biblioteca.

Aunque el comercio del Oriente estuviese en las manos de los Arabes, no eran ellos mismos los que hacían la importación de los productos del Asia. Esa especie de indolencia se ha atribuido á su inclinación, á los goces apacibles y á las discordias intestinas que desgarraron el imperio de los califas (1). Nosotros creemos que el mayor obstáculo era la oposición de las creencias religiosas. Se necesitaba casi violentar el Corán sólo para recibir á los mercaderes infieles: ¿cómo los habían de ir á buscar los discípulos del islam? Esas antipatías no impidieron, sin embargo, las relaciones con los pueblos de Europa. Desde el principio, la actividad de las razas germánicas llevó los comerciantes europeos al Asia, y se establecieron relaciones favorecidas por los peregrinos, los cuales llevaban al Asia algunos de los productos de la Europa y traían las mercancías del Oriente. Las ciudades marítimas de Italia tenían factorías en los puertos de la Siria y establecimientos en la mayor parte de las ciudades de la Palestina. La conquista de Jerusalén por los musulmanes no interrumpió el comercio. En el siglo IX, las relaciones entre la Europa y el Asia tenían gran actividad. Los Germanos y los Arabes se aproximaban; el califa y Carlomagno se enviaban embajadas. Los Germanos eran todavía Bárbaros, y su contacto con los Arabes contribuyó á civilizar el Occidente (2).

### SECCION 3.<sup>a</sup>

#### LA UNIDAD ÁRABE

##### § I.—El califato.

La unidad es el carácter distintivo del islam; no tiene otro dogma más que la unidad de Dios, uni-

(1) RITTER, *Geografía*, t. x, p. 199, 234.

(2) PARDESSUS, *Leyes marítimas*, Introducción, p. 86.

dad absoluta que no admite ninguna distinción de personas. Ese dogma conduce en política á la absorción de todos los pueblos en un inmenso reino de Dios; no hay más que una fe, y por consiguiente, una sola sociedad legítima, la de los creyentes. El mismo absolutismo reina en el gobierno de la sociedad musulmana: los derechos del individuo desaparecen por completo ante el poder de los sucesores del profeta. Esa unidad ha hecho la grandeza del imperio árabe, pero también constituye el vicio fundamental del estado social y de la civilización que ha formado el Corán. Sin personalidad no hay libertad para los hombres ni libre movimiento para los pueblos, y sin libertad no hay vida, no hay progreso, no hay más que inmovilidad, despotismo y muerte.

Por más que el cristianismo no profese la unidad absoluta del islam, el dogma de la revelación, unido al espiritualismo excesivo, conduce igualmente á desconocer los derechos del individuo y de los pueblos (a). Pues ¿por qué la civilización cristiana es libre y progresiva, mientras que la sociedad musulmana es esclava y estacionaria? Es que en Europa, un elemento de raza ha venido á modificar la creencia, y el genio del individualismo tenía raíces harto profundas en los pueblos germánicos para que el dogma pudiera destruirle. El Árabe del desierto tenía la independencia del Germano; pero el espíritu de las razas orientales que se mezclaron con los conquistadores dominó á los compañeros del profeta, y entonces la unidad absoluta del Corán se desarrolló sin obstáculo y llegó al despotismo.

Mahoma tiene la misma ambición que el cristianismo. Quiere establecer la unidad universal: "Guerra á muerte á los infieles, hasta que se conviertan ó paguen el tributo." Cuando la fuerza de

(a) Si hay alguna doctrina religiosa, no sólo que permita y afiance los derechos constitutivos del hombre, sino que les dé base firmísima, esa doctrina es la de Cristo. Ese su espiritualismo que Laurent llama excesivo, ese es cabalmente el resorte poderoso, la palanca prodigiosa que levanta al hombre por cima de todas las tiranías y de todos los fatalismos; ese espiritualismo es el que asegura la libertad y encamina á la igualdad y á la fraternidad, el que ha de llevar á término la redención, la verdadera redención del hombre y de los pueblos. ¿Cómo han de poseer esa palanca, ese resorte, las religiones ó materialistas ó casuísticas, como el islam? Saber y confesar que hay sólo un Dios es algo. Pero ignorar lo que es y lo que no es, lo que permite y lo que exige, es no conocer lo más importante, las relaciones de la criatura con el creador, los fines de la creación, la tarea y los destinos del hombre y de la humanidad. De nada de todo esto se preocupa el Corán. De todo eso se ocupa el Evangelio.—(N. del T.)

las cosas detuvo la conquista, los musulmanes no desesperaron de la conversión del mundo, y fundaron sus esperanzas en un socorro divino; esperaron la unidad del islam de un profeta, al cual llaman unos el vicario de Mahoma y los otros dicen que es Jesucristo (1). En esa creencia común á las religiones del Oriente y del Occidente hay un instinto de la unidad, ideal del género humano; pero cada religión pretende realizarle por sí misma, apoyándose en una revelación divina de la verdad; ahí está el error: esas pretensiones contradictorias se destruyen mutuamente. El cristianismo es la religión de los pueblos germánicos, y el islam no ha tenido jamás vida robusta en el Occidente; domina en el mundo oriental, pero compartiendo el imperio de las almas con el budhismo. Sucede, pues, á la unidad árabe lo que á todas las tentativas de monarquía ó de religión universal; es una utopía que los designios de la Providencia condenan y que se estrella contra la naturaleza de las cosas.

Lo que distingue á la unidad árabe es su absolutismo, mayor que el de ninguna otra. En el mundo occidental, la Iglesia está separada del Estado; hay un orden civil distinto del orden religioso; la Iglesia y el Estado, aunque unidos en teoría, están de hecho en lucha permanente, lucha que ha impedido al papado dominar sobre el imperio y al imperio dominar sobre la cristiandad. En el islam, la lucha es imposible. La Iglesia y el Estado se confunden: el orden religioso es al mismo tiempo el orden civil; el califa es papa y emperador; dispone de las creencias en calidad de pontífice y de las acciones á título de ley que manda, de juez que aplica la ley y de fuerza que ejecuta la sentencia (2). El Oriente, esa patria del despotismo, no había conocido aún un poder tan absoluto. Entre los Persas los magos, y en la India los brahmanes, contrabalanceaban el poder del soberano; de forma que había división de poder. Pero la sociedad musulmana está sometida á un solo hombre, cuya autoridad es ilimitada, porque es el sucesor del profeta. Verdad es que el Corán es la regla del califa; pero ¿qué es una regla para aquel que no tiene sobre sí ni á su lado cuerpo ni fuerza alguna

que le pueda contener dentro de los límites que aquélla le impone?

La unidad del islam dió una fuerza irresistible á la conquista, pero produjo efectos funestos para la sociedad. No diremos con *Volney* que "el objeto de Mahoma era reinar, que quería establecer el despotismo más absoluto por medio de la más ciega obediencia impuesta al que obedece, y que con ese objeto lo refirió todo á Dios." (1). El despotismo no era el fin, fué el efecto de la confusión de todos los poderes. Hay en el cristianismo un espíritu de moderación extraño al islam; el Evangelio es incompatible con la crueldad de un déspota; sin embargo, si el papado hubiera absorbido el imperio, la sociedad cristiana hubiese ofrecido el mismo espectáculo que el Oriente. No es al cristianismo al que debemos la libertad de que gozamos, es al espíritu germánico (a).

La historia del califato nos demuestra la influencia de la raza sobre el dogma. Parece que el poder de los califas no debiera haber sido nunca más absoluto que en tiempo de los primeros sucesores del profeta, y, sin embargo, los primeros califas parecen patriarcas más bien que déspotas. Citaremos en prueba de ello un hecho curioso. Habiendo recibido Omar como parte del botín unas telas rayadas, las distribuyó entre los musulmanes, y cada uno tocó á una pieza, lo mismo el príncipe de los creyentes que los simples soldados; subió después al púlpito el califa para exhortar á los musulmanes á hacer la guerra santa á los infieles, y alguno hubo de interrumpirle diciendo: "No te obedeceremos." Omar preguntó la razón: "Porque te has distinguido de nosotros, dijo el Árabe, con una preferencia singular: cuando distribuías las telas del Yemen, tomaste una sola pieza; y

(1) VOLNEY, *Viaje á la Siria. Estado político de la Siria*, c. 1.

(a) Excusado es decir que no estoy conforme con esta tesis tan absoluta. Reconozco que hay en el elemento germánico una especie de propensión, cierto amor, cierta inclinación á la independencia personal, á bastarse á sí mismo el individuo, tendencia que le comunica cierto tinte sombrío y también un orgullo no exento de altivez y tampoco de dignidad. Pero esa misma propensión, y quizá más acentuada, la tiene el Árabe y la tiene el Español desde antes que corriese sangre goda por sus venas. ¿Y qué? Pues el Árabe continúa esclavo de la naturaleza y de los sultanes y los emires. El Germano ha conquistado su libertad política. También el Latino. Éste no ha consolidado aun esa libertad, cierto, sobre todo en España. Pero ¿qué es lo que ha dado al Germano ese privilegio? Pues no es su instinto de raza, su propensión individualista, no; ha sido la Reforma; es decir, la idea cristiana desnuda de los harapos y de las fajas y envolturas con que Roma esterilizó su liberal fecundidad; ni más, ni menos.—(N. del T.)

(1) D'HERBELLOT, *Biblioteca oriental*, en la palabra *Islam*.

(2) La palabra *Califa* significa vicario del enviado de Dios, y consagra la reunión del poder religioso y del poder político en las manos del jefe de la sociedad musulmana (PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. III, p. 341).

como eres de una gran estatura, no habiendo tomado parte mayor que nosotros, no habrás podido hacerte un vestido.», Omar se volvió hacia su hijo y le mandó que respondiera á aquel hombre; y Abdallah, levantándose, dijo: «Cuando el príncipe de los creyentes, Omar, quiso hacerse un vestido de su pieza de tela, vió que era insuficiente; pero yo le di un pedazo de la mía para completar su traje.», «En buen hora, dijo el Arabe; ahora ya te obedeceremos.», (1).

Ese rasgo es digno de la libertad que reinaba en los bosques de la Germania. ¡Qué prodigioso cambio de cuando los califas se establecieron en Bagdad! No parece sino que el contacto con el Oriente bastó para engendrar el lujo y la corrupción. A la sencillez patriarcal de los primeros califas reemplazó una profusión monstruosa que deslumbró á los Griegos mismos del Bajo-Imperio. En la recepción de una embajada de Constantinopla se ostentó un ejército de 7.000 eunucos, una guardia de leones y 38.000 piezas de tapicería, entre las cuales 12.500 eran de seda bordada de oro. El embajador bizantino vió en la corte de los califas lo que un Espartano había visto en la corte de los Persas, un árbol de plata y oro lleno de pájaros de todas clases, formados de los metales más preciosos (2). En pos del lujo, la molición asiática invadió el palacio de los califas. Omar viajaba sobre un camello rojo, vivía con pan de cebada y dátiles (3). Los califas de Bagdad se hacían acompañar en sus excursiones de camellos cargados de nieve, para refrescar las hortalizas y los frutos que se servían á la mesa del príncipe de los creyentes.

La crueldad ha acompañado en todos tiempos al despotismo y á la corrupción del Oriente. No hay nada más horrible que el advenimiento de los Abasidas, habiendo merecido el epíteto de *hombre de sangre* el primer califa de aquella familia; y, en efecto, pocos tiranos habrán derramado tanta como él. Cuando se le llevó la cabeza del último califa

(1) DE SACY, *Chrestomathie arabe*, t. II, p. 58.

(2) GIBBON, *Hist. de la decadencia del Imperio*, c. 52.

(3) El vencedor de la Persia y de la Siria, cuando marchaba sobre Jerusalén, montaba un modesto camello, sobre cuyo pescuezo llevaba un saco de trigo, otro de dátiles, un plato de madera y una bota llena de agua. El traje con el cual predicaba tenía doce remiendos. Un sátrapa persa que había venido á rendirle homenaje le encontró dormido, en medio de pobres musulmanes, sobre las gradas de la mezquita (WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, p. 139.—PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. III, página 441).

omniada, recitó estos versos de un poeta: «Ellos beberían mi sangre, y no apagaría su odio; tampoco la suya puede saciar el mío.», La proclamación de Abbas, al subir al trono, es la de un salvaje: «Yo soy aquel que permite derramar sangre sin piedad, hasta que quede satisfecha la venganza.», En la historia no hay escena más horrorosa que la del exterminio de los Omniadas: ochenta miembros de aquella familia fueron invitados por el califa á un banquete de reconciliación; todos asistieron sin desconfianza y todos fueron degollados; la mesa del banquete se colocó sobre los cuerpos todavía palpitantes, y los gemidos y la agonía de los vencidos hicieron las delicias de los feroces vencedores. Lo que aumenta el horror de aquellas crueldades es que los califas las legitimaban invocando el nombre de Dios «misericordioso y clementísimo»: que es Dios el que manda sacar la espada contra sus enemigos, que es Dios el que borra la piedad de los corazones (1). Apresurémonos á decir que ese dogma no es el del islam; en la doctrina de Mahoma, los califas no son los representantes de Dios. La idea del derecho divino es persa; esa idea hizo del despotismo una cosa sagrada, y legitimó la crueldad, puesto que todo ataque contra el califa era un crimen contra Dios (2).

Tal fué el califato bajo la influencia del dogma, de las costumbres y de las creencias del Oriente. Los califas de Bagdad tienen una reputación de generosidad y de cultura que contrasta singularmente con su cruel despotismo. Carlomagno ha encontrado un rival en las tradiciones populares, el califa *Haroun*, apellidado *Al-Raschid*, el Justo, y merece tan poco ese bello nombre, que no parece sino que se le dió por ironía sangrienta. Un jefe sublevado que ya inspiraba serias alarmas consintió en someterse; pero exigió para su seguridad un salvoconducto escrito de mano del califa y firmado por los más célebres jurisconsultos. Raschid le envió el salvoconducto con ricos presentes; y cuando tuvo en su poder á su enemigo, consultó á los hombres de ley para saber si debía cumplir la palabra que había empeñado. Dijéronle unos que era necesario respetar el salvoconducto; otros le declararon nulo. ¿Cuándo han faltado á un príncipe teólogos y legistas para legitimar un perju-

(1) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 1, 21, 7, 59, 28.

(2) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 36 y siguientes.

rio? El califa hizo morir á aquel á quien había prometido la vida (1).

Sigamos aun á Haroun *el Justo* en sus relaciones con los Barmecidas. El califa debía su trono al jefe de aquella familia, ilustre por su generosidad: hizole su visir y le confió con su sello un poder ilimitado. El afecto le ligó á Djafar, hijo de aquel á quien llamaba su padre, y le inició en las intimidades del harén. Haroun amaba apasionadamente á una de sus hermanas, y la casó con su amigo; pero Djafar no debía tener más que el nombre de esposo: los horribles anales del serrallo dirán quién ejercía los derechos. Pero el califa supo que era engañado, y su venganza fué implacable. Djafar pereció sin ser oído ni admitido á defenderse, y su cuerpo, en pedazos, fué colocado sobre el puente de Bagdad. La hermana del califa fué enterrada viva con los hijos que había dado á luz, y todos los Barmecidas perecieron con una muerte cruel (2).

¡Hé aquí la moralidad del califa que lleva el nombre de *Justo*! La voz del pueblo no es siempre la voz de Dios; pero será en vano que celebre á un déspota y quiera hacer de él un héroe: las leyes inmutables de la moral tienen más fuerza que los elogios pagados de los aduladores (3); llega el día de la justicia, y entonces la historia estigmatiza al hombre á quien adularon sus contemporáneos, ó bien compadece al hombre y maldice el despotismo que ha producido los vergonzosos crímenes del harén y la crueldad de los tiranos.

No continuaremos la historia del califato hasta su caída: es la historia de todos los despotismos: un lujo desenfrenado, y para mantenerle, expoliaciones inauditas; hombres y mujeres conducidas al tormento, sin que exista delito de que acusarles, con el solo fin de arrebatar sus riquezas... Hé aquí el espectáculo que ofrece el califato de Bagdad, cuya magnificencia admiramos, sin pensar que la libertad y la vida de millones de hombres pagaban la prodigalidad de uno solo (4). Se ha deplorado la larga lucha del papado y del imperio. No lamentemos la sangre que los pueblos vierten en los campos de batalla por una causa noble; las convulsio-

(1) DE SACY, *Chrestomathie arabe*, t. II, p. 4.

(2) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 135 y siguientes.

(3) HAROUN, cuya gloria han esparcido por el mundo entero *Las Mil y una Noches*, debe su renombre á los poetas á quienes colmaba de mercedes (WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 117 y siguientes).

(4) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 554-557, 644.

nes mismas de las guerras civiles son preferibles á la tranquilidad del despotismo. Allí donde hay lucha, hay vida y garantía de un porvenir mejor: donde hay despotismo, hay muerte, y muerte vergonzosa.

## § II.—Vicios y disolución de la unidad árabe.

En el primer período de la Edad Media ha habido dos tentativas de unidad política: mientras que los Francos restablecen el imperio romano por una parte, por la otra los Arabes extienden su dominación por Asia, Africa y una parte de Europa. Las dos tentativas de monarquía universal fracasan. En el siglo X, el imperio de Occidente se fracciona en una infinidad de pequeñas soberanías, y por la misma época el imperio árabe se desgarró en multitud de dinastías, tan movilizadas como las arenas del desierto. Los Bárbaros del Norte no podían fundar la unidad, porque su genio era el de la diversidad y del individualismo. El Corán dió á los Arabes un instrumento de unidad, y tan absoluta, que apenas se concibe que pudiera surgir entre ellos la división; y, sin embargo, se manifestó hasta en el terreno de la fe. Pero había entre ellos otro germen irremediable de división, la separación de vencidos y vencedores: el islam, demasiado tolerante para alcanzar éxito en su obra de propaganda, dejó subsistir á su lado religiones rivales, de lo que resultó que la diversidad de religiones perpetuó la división de las razas, puesto que al musulmán lo separaba del infiel un abismo. La impotencia política del islam para fundar la unidad es igual á su impotencia religiosa: los califas no pudieron mantener bajo sus leyes las inmensas conquistas de los Arabes, y después de largas convulsiones, se levantaron sobre las ruinas del califato tres grandes imperios.

Toda religión revelada encierra un principio de división y de odio. Para el judío, es el infiel un ser inmundo cuyo contacto produce una mancha. Para el cristiano son hijos de Satanás el gentil y el hereje; no puede haber nada de común entre la luz y las tinieblas. La separación es eterna; solamente los creyentes pueden salvarse; los infieles están condenados á las llamas del infierno. El islam participa de esa horrible doctrina: «Los infieles son víctimas de las llamas, y entre ellas permanecerán eternamente; sus obras son como el espejismo del

desierto que suele tomar por agua el sediento viajero, y corre hacia él y no halla nada. Dios odia á los infieles,, (1). Esas horribles palabras resuenan por todas partes donde se profesa el dogma: fuera de la Iglesia no hay salvación. Si Dios odia los condenados, no puede existir vínculo alguno de humanidad entre el creyente y el infiel: "¡Oh creyentes, no toméis por amigos á los cristianos y á los judíos! No tengáis comercio alguno con aquellos contra los cuales Dios está irritado. No establezcáis íntimas relaciones más que entre vosotros. Los infieles desean vuestra perdición,, (2).

Los musulmanes observan demasiado fielmente esos preceptos de odio; y así como aborrecen á los perros como animales impuros cuyo contacto mancha, aborrecen también á los cristianos (3). Se pueden explicar esas malas pasiones: se puede recordar que los discípulos de Cristo han perseguido á los discípulos de Moisés como animales inmundos, se puede decir, con un sabio orientalista, que los cristianos han merecido el desprecio de los musulmanes por su perfidia (4); pero no es menos cierto que el odio de los creyentes á los infieles impidió la fusión de las razas en el interior del imperio. Si el dogma cristiano no ha producido el mismo efecto, es porque ha desaparecido el paganismo en todas partes donde la fe de Cristo se ha establecido, habiéndose convertido al Evangelio los vencidos hasta por medio de la violencia; la unidad religiosa ha venido á ser el instrumento de la unidad política. Los musulmanes, más tolerantes, han dejado á los vencidos su religión; pero ¿qué resulta? Que hoy mismo, aun después de muchos siglos, las razas son tan hostiles como en el primer día de la conquista. Esa oposición de creencias es un germen de disolución; ella ocasionó la ruina de los Arabes de España, produjo la emancipación de la Grecia, y tal vez acabe por disolver el imperio otomano (a).

(1) Corán, III, 8, 112, 10, 49; VII, 38 y sig.; IX, 69; III, 13; XXIV, 39; II, 92.

(2) Corán, V, 56; LX, 13; III, 114.

(3) CHARDIN, *Viajes*, t. XIV, p. 116: «Cuando quieren decir el colmo de la execración, dicen: ese es un perro cristiano.»

(4) Cristiano y pérfido son sinónimos entre los Turcos: «Vergüenza para nosotros, exclama RRLAND, á quienes se ha podido dirigir esa acusación que no podemos rechazar» (*De Relig. Moham.*, Prefacio, núm. 9).

(a) Los errores, como las pasiones, conducen á consecuencias fatales, simplemente absurdas unas veces, otras veces funestas. Aquí tenemos á Mr. Laurent obligado, contra sus propias ideas y contra su convicción, á hacer la causa de la intolerancia religiosa. Eso tiene el haber querido defender lo indifensable: el

La división existe hasta en el seno de la raza conquistadora: las sectas han desgarrado el islam lo mismo que han desgarrado el catolicismo. En el Oriente y en el Occidente, las disensiones religiosas son la expresión de la diversidad de las razas. La unidad absoluta viola las leyes de la naturaleza, que por todas partes nos muestra el espectáculo de una variedad infinita; y cuando un conquistador ó un revelador ha violado esas leyes, ha visto perecer su obra, porque era viciosa en su esencia. La unidad católica se ha fraccionado, y sobre sus ruinas se han levantado las naciones modernas; la unidad musulmana ha tenido la misma suerte.

Un gran filósofo, comparando el islam al catolicismo, dice que la Iglesia romana está maravillosamente organizada para engañar á los hombres y encadenar las inteligencias; pero el islam lleva, á los ojos de Spinoza, mucha ventaja al catolicismo, porque desde que existe, no ha habido cisma en su seno (1). No podemos explicarnos ese error singular más que por una especie de ilusión metafísica: el cisma parece imposible en el dogma de la unidad absoluta de Dios, pero existe, sin embargo. Los *Sonitas* y los *Schiitas* están tan profundamente divididos como los católicos y los protestantes: cada partido detesta y anatematiza al otro, considerándole más apartado de la verdad que los infieles. ¿Cuál fué la causa del cisma mahometano? Los partidarios de Ali rechazaron á los primeros califas como usurpadores; después intereses de raza dieron una inmensa importancia á esa división; y habiendo adoptado los Persas el partido de Ali, la oposición produjo un rompimiento entre el islamismo oriental y el árabe (2). Es probable que las creencias que desde la más remota anti-

haber querido hacer tolerante y civilizador al Corán é intolerante y anticivilizador al Evangelio. Esto, por lo falso, era simplemente absurdo. Pero llegando ya á la consecuencia de cantar las glorias de la intolerancia, es funesto. Y hay que combatir el error y la consecuencia no menos errónea. No, no es cierto que el Evangelio sea intolerante. No le ha exaltado y hecho triunfar la conquista y la espada como al Corán, sino la virtud y el martirio. Que se impuso á los Sajones con el auxilio de las armas. Pues no fué bueno, y mucho menos evangélico. Que la intolerancia es necesaria. Eso dicen los fanáticos ultramontanos. Esos sostenían los Riveras, los Torquemadas y los Dezas en España. ¡Así se ha visto España de entonces á hoy! No, el cristianismo no ha necesitado ser intolerante, no ha debido serlo; le ha estado muy mal el haberlo sido en España y fuera de España. Esto es más claro que la luz dentro del Evangelio. Y no me sería difícil probarlo dentro de la historia. En cuestiones teológicas no quiero entrar.—(N. del T.)

(1) SPINOZA, *Op. posth.*, p. 613.

(2) SALE, *Observaciones sobre el mahometismo*, sección VIII, página 535.

güedad reinan en el imperio de los Persas hayan influido en la separación, y que en el fondo sea más grande de lo que parece la oposición religiosa entre los sonitas y los schiitas (1).

Otras muchas sectas han surgido en el mahometismo (2), y el odio que los sectarios se han profesado ha sido tan violento como el de las furiosas pasiones que agitaron á la Iglesia cristiana. Dejemos á un lado esos tristes extravíos, para fijarnos un instante en una doctrina medio religiosa y medio política que precipitó la caída del califato. Es una creencia esparcida en todo el Oriente la de que, en las épocas solemnes en que la humanidad entra en un nuevo período, se encarna Dios en un revelador. Los Persas convertidos al islamismo comunicaron esa creencia á sus vencedores, y de la fusión de ambas religiones nació un dogma, el del *imanato*, que desempeña un gran papel en la disolución del imperio de los califas. Aquella palabra designa la misión divina, el pontificado que Dios da á sus elegidos, encarnando, por decirlo así, en el *imán*, al cual solamente pertenece la soberanía religiosa y política; y como encarnación de la divinidad, está por cima del Corán mismo. Esa doctrina fué un arma temible en manos de los Abasidas para derrocar á los Omniadas. Siendo el *imanato* un privilegio de la familia de Mahoma, resultaba que los Omniadas eran usurpadores, y que el aniquilarlos era un deber para todos los creyentes. Esa misma creencia se empleó después contra los Abasidas por los partidarios de la raza de Ali y por todos los enemigos del califato. Enseñaban éstos que sólo al *imán* pertenecía el imperio de los creyentes, que el *imán* existía, que era el último descendiente de Ali, el vicario del profeta (3). Bajo este punto de vista, los Abasidas eran tiranos. El *imanato*, considerado como dogma, conducía á la ruina del islamismo: Mahoma dejaba de ser el último revelador, el Corán no era ya la última palabra de Dios, y los destinos religiosos del género humano descansaban sobre el *imán*. Ese dogma no produjo de hecho la revolución que con-

(1) La más importante de esas diferencias es que los sonitas reciben la *Sonna*, ó sea el *Libro de las tradiciones de Mahoma*, como una autoridad canónica, mientras que los schiitas le rechazan como un apócrifo. De ahí dimana una diversidad de derecho (GANS, *Erbrecht*, t. I, p. 183).

(2) Se puede ver un cuadro en SALE, *Observaciones sobre el mahometismo*, sec. VIII, cuadro que aun no es completo.

(3) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 493.

tenía en germen; sólo sirvió de instrumento para destruir el poder de los Abasidas. Los Fatimitas levantaron en Egipto una cátedra rival de la de Bagdad, y desde entonces la unidad mahometana quedó hecha pedazos (1).

Aceleraron la disolución las enemistades de raza. Quiso Mahoma imponer la unidad á su patria; pero nada había menos unitario que la nacionalidad árabe. La Arabia estaba dividida entre dos pueblos que se distinguían por el idioma, las costumbres, las condiciones sociales, y quizá por la procedencia. Los *Ismaelitas*, esparcidos por los desiertos del Norte y de la Península, hacían la vida de pastores nómadas, mientras que los otros, cultivadores y civilizados, con el nombre de *Sabeos* ó de *Himyaritas*, ocupaban la parte meridional de la Arabia, todavía hoy conocida con el nombre de *Yemen* (2). Pero no paraba ahí la división: aunque originarios de la misma cepa, los Arabes del desierto estaban siempre en guerra; y aquellas luchas, transmitidas hereditariamente, hacían de las diversas tribus otros tantos pueblos extranjeros. Los conquistadores llevaron sus rivalidades á los países conquistados, y ellas fueron, más que las armas de los cristianos, las que arruinaron el imperio de los Arabes en España (a). La lucha entre los Beduinos del desierto y los Arabes del Yemen se renovó hasta en los campos de batalla de la Península. Las tribus habían conservado sus nombres, sus costumbres, sus celos, sus mutuos rencores, y eran otras tantas facciones que desgarraban la sociedad. Un odio no menos violento existía entre los Arabes y los Bereberes de Africa (3). En presencia de todos esos elementos de discordia hay que admirarse, no de que la unidad árabe se quebrantase, sino de que haya durado algunos siglos.

En el Oriente, la diversidad de razas se complicaba con la diversidad de creencias. Los Persas y los Indos se habían sometido al islam; pero esa sumisión no había borrado la diferencia del genio nacional. Había entre los Arabes y los hombres de Oriente una oposición casi tan grande como la que separa la Europa del Asia. Los Arabes tenían algo

(1) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 36, 499, 575.

(2) RITTER, *Geografía*, t. XII, p. 431.—FAURIEL, *Hist. de la Galla meridional*, t. III, p. 207.

(a) Se conoce que Mr. Laurent es flamenco.—(N. del T.)

(3) FAURIEL, *Hist. de la Galla meridional*, p. 205-212, 54 y sig.—VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes en España*, tomo II, p. 67.

de la independencia que caracteriza á los pueblos del Norte; reverenciaban á Mahoma como profeta, no como encarnación de Dios, y en sus califas veían iguales, no déspotas. Entre los Persas, los reyes de reyes habían sido siempre adorados como representantes de la divinidad, y allí los vencidos hicieron sentir su influjo á los vencedores. En la lucha entre Omniadas y Abasidas, los Persas se colocaron al lado de estos últimos, arrastrando consigo á todo el Oriente y dando con su apoyo el triunfo á los Abasidas, cuyo advenimiento al califato fué una victoria del elemento oriental sobre el elemento árabe (1). De esta manera, el califato de Bagdad dejó de ser un imperio árabe para convertirse en imperio oriental, con su lujo, su despotismo de derecho divino, sus excesos y sus debilidades.

La civilización se aprovechó del influjo que los vencidos ejercieron sobre los vencedores; los Persas, iniciados desde mucho tiempo antes en la vida de la inteligencia, fueron los maestros de sus señores, como los Griegos lo habían sido de los Romanos, y como éstos lo fueron de los Bárbaros (2). Pero el califato quedó minado en su base por el advenimiento de las razas orientales, puesto que, descansando sobre la unidad absoluta, se introdujo con los Abasidas el cisma y la división en el imperio. Un Omniada va á fundar en España un califato rival del de Bagdad; los Fatimitas levantan en el Cairo una cátedra rival de la de los Abasidas, y en el siglo X hay tres califas que se excomulgan reciprocamente. Desde el momento que hubo más de un califa, ya no hubo califato.

A esa diversidad de razas, de genio y de creencias, hay que atribuir las rebeliones y las guerras civiles que desgarraron el imperio de los califas. Los enemigos del islamismo imputan al Corán las turbulencias que agitaron los imperios del Asia (3); es como si se imputase al Evangelio los merodeos del feudalismo. La ambición de los gobernadores de provincia y de los jefes de familia explotó los intereses de raza, y de ahí aquellas dinastías que se formaron á la sombra del califato y que acabaron por destruirle.

La concentración de todos los poderes en el

(1) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, p. 496; II, 72, 79, 178, 200, 214, 215.

(2) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 80.

(3) VOLNEY, *Viaje á Siria, Estado político de la Siria*, c. 1.

califa fué un instrumento admirable para la conquista; pero si favoreció el engrandecimiento, fué poco á propósito para la conservación. Los tenientes del califa reunían como él todos los poderes; eran comandantes en jefe de las tropas, administradores civiles, supremos magistrados y perceptores de los impuestos. Una autoridad sin límites inspira el deseo natural de hacerse independiente, y los gobernadores de provincia encontraban un pretexto para su desobediencia en las disensiones que se suscitaban periódicamente con motivo de la sucesión del califato. Hé aquí por qué la historia de los Abasidas no es más que una serie no interrumpida de insurrecciones: unas veces son las provincias, abrumadas por los gobernadores, las que hacen por sacudir el yugo que ha llegado á serles insoportable; otras veces las naciones se aprovechan de las luchas entre las familias de los califas para reconquistar su independencia. Las creencias religiosas aumentaban las antipatías de raza (1). No se necesitaba más que la ambición de los jefes de la milicia para explotar todos aquellos elementos de división.

A poco de la ascensión de los Abasidas al califato, no pudiendo contar con los Arabes, que les eran hostiles, se vieron obligados á confiar su defensa á tropas mercenarias; y la fuerza de las cosas los puso á merced de aquellos que tenían la fuerza en su mano. Desde entonces el califato presentó el espectáculo ordinario de las monarquías orientales: las luchas de los jefes militares provocaban incesantes rebeliones, y el califa no era más que el jefe nominal; los que verdaderamente gobernaban eran los *Emires al Omra* (2). La dinastía de los Buidas quitó al califato lo que le quedaba del poder temporal, y no le dejó más que el poder religioso. Perdido el imperio, aun continuó el califa siendo papa; pero el papa musulmán era el esclavo y el prisionero de los jefes del ejército, que ni siquiera le dejaban el simulacro de la independencia (3). Aquella sombra del califato subsistió hasta la invasión de los Mongoles. Se puede deplorar la ruina de Bagdad, pero no merecen ni siquiera un sentimiento de piedad los últimos sucesores

(1) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 146, 178, 186, 200.

(2) EMIR ALUMARA, comandante en jefe (WEIL, II, 640).

(3) Un califa se vió obligado á vender su guardarropa para proveer á la prodigalidad de uno de sus generales (WEIL, III, 13).

de Mahoma. El califa que pereció á manos de los terribles Tártaros pasaba su tiempo haciendo juegos de cubiletes; hacía dos meses que los Mongoles sitiaban á Bagdad, y el jefe de los creyentes ignoraba aún que el enemigo estaba á las puertas de su palacio; nada le pudo sacar de su enervación ni despertar en él una chispa de valor (1). Dios envió á los Mongoles para barrer aquellos miserables restos de un poderoso imperio.

El desmembramiento del imperio romano y la disolución del imperio de Carlomagno inauguraron una edad nueva, la de las naciones que presiden á la civilización moderna. También se formaron de los despojos del islamismo, después de largas convulsiones, Estados particulares: la India, la Persia, el Asia occidental y el Africa se constituyeron aparte. La disolución de la unidad árabe fué

(1) DE SACY, *Chrestomathie arabe*, t. II, p. 45.

un beneficio para el Oriente, porque puso fin á un estado de cosas contrario á la naturaleza. Verdad es que el despotismo continuó pesando sobre la más hermosa parte del mundo; pero las provincias que más le sufrían reportaban también el beneficio (a). Los tributos, en lugar de alimentar el lujo de una apartada capital, se empleaban, á lo menos en parte, en el bienestar de aquellos que los pagaban (1). Es un primer paso hacia un orden mejor de cosas.

(a) No deja de ser consuelo para el que le roban el que empleen su dinero en hierro para encadenarle, ó en carceleros para que le custodien, ó en verdugos para que le ahorquen.—  
(Nota del Traductor.)

(1) El Egipto da la prueba de la influencia benéfica de un gobierno nacional, pues se vió más próspero bajo la dinastía de los *Tulunidas* que bajo el imperio de los califas. Durante el mando del primer jefe de esa dinastía, se construyeron canales, mezquitas y hospitales, y un barrio del Cairo recuerda aún su dominación. Su sucesor empleó parte de sus tesoros en alivio de los pobres. Y el producto de los impuestos, aunque inferiores á los del tiempo de los califas, se quintuplicó (WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 435).